



Salvador M. Granés

Dos cataclismos

Parodia del drama de Echegaray «Dos fanatismos»
en un acto y dos cuadros

PERSONAJES

DON LORENZO.

DON MARTÍN.

JULIÁN, hijo de Don Martín

ROSARIO, esposa de Don Lorenzo

MAGDALENA, ama que fue de Don Martín

ANGUSTIAS, hija de Don Lorenzo

Trajes de los personajes

Don Lorenzo. Viste todo de negro, calzón corto, levitón, chupa y gorro como los antiguos dómines. Lleva gafas de cristales redondos.

Don Martín. Americana, pantalón y chaleco de dril blanco, sombrero de jipijapa.

Julián. Americana, pantalón y chaleco de cuadros o rayas grandes, por igual blancas y negras.

Rosario. Vestido negro con lunares grandes blancos.

Magdalena. Vestido blanco con grandes lunares negros.

Angustias. Traje de color de lila o de plomo.

Acto único

Cuadro I

Blanco, negro y tordo

La sala de una escuela. Puerta al foro y dos a cada costado. A la izquierda de la puerta del foro una urna con un niño Jesús, ante la cual luce una lamparilla. Mesas, bancos, etcétera. En las paredes alfabetos, encerados, etcétera... y cuadros religiosos, de estampas, cromos y grabados. Mesa y sillón de baqueta antiguos para el maestro.

Escena I

JULIÁN y ANGUSTIAS. Al levantarse el telón, ANGUSTIAS asomada a la puerta del foro. JULIÁN en el proscenio. Momento de silencio, durante el cual aparece sobre la concha del apuntador un cartel que dice: «Cuadro primero: Blanco, negro y tordo».

ANGUSTIAS.- Nada, no viene papá. Se olvida de que hace tres horas le estás esperando.

JULIÁN.- ¡La verdad es que estos beatos, como tu padre, hacen a veces unas tonterías!... Mira tú que dejarnos tres horas aquí solitos, a ti y a mí, que somos novios... Y luego dicen que si fue que si vino, que si patatín que si patatán. Gracias a que tú y yo tenemos juicio... y, además, como mañana nos casamos, no vale la pena anticipar los acontecimientos.

ANGUSTIAS.- Apenas tenéis tiempo para ir a la estación. Si llega tu padre y no os encuentra...

JULIÁN.- Eso no. Estar separado hace seis años de mi padre, al que me dejé en California, y que hoy que viene a presenciar nuestra boda salte al andén y se encuentre sin su Julián... ¡Quia!

Yo a tu padre no le inmolo;
le aguardo un instante fiel.
Si viene, me voy con él,
si no viene, me voy solo.

Vaya que el tal Don Lorenzo Cienchispas tiene cachaza.

ANGUSTIAS.- Alguna ocupación muy grave...

JULIÁN.- Sí, estará con el sacristán de San Justo, o jugando su acostumbrada partida de tute con el demandadero de las Arrepentidas.

ANGUSTIAS.- Mi papá es así. Todo lo pospone a su trato con las gentes de iglesia.

JULIÁN.- En cambio el mío huye de ellas. No he visto nunca dos caracteres más opuestos. Don Lorenzo Cienchispas, neocatólico furibundo; Don Martín Pedernal, ateo recalcitrante. Ambos son maestros de escuela, ¡pero de qué escuelas tan distintas! Tu padre, representación fiel del dómine antiguo, dirige este colegio fundado por la Asociación católica. El mío creó en California la escuela de niños librepensadores, con medalla de oro para el chico que menos noticias tuviera de Dios. Es la lucha del pasado con el porvenir. Don Lorenzo, con las disciplinas en una mano y el estandarte de la fe en la otra; Don Martín, alzando como símbolo del progreso moderno la rica pepita que trae de California.

ANGUSTIAS.- ¿Pepita?... Alguna muchacha...

JULIÁN.- No, la pepita de oro extraída de una mina.

ANGUSTIAS.- ¡Ah, ya! Y tú, ¿a qué ideas te inclinas? ¿A las de tu padre o a las del mío?

JULIÁN.- Mira, hablando francamente, tanto me importan las unas como las otras. Tu papá es negro, el mío blanco. Pues bien, yo soy tordo. Por ti me fingiré beato y santurrón para catequizar a tu padre y hereje y materialista para adular al mío. ¡Después de todo, lo mismo da!

ANGUSTIAS.- Pues mi papá es atroz en eso de la moral. Mira, quería mucho a mi madre, pero porque la pilló un domingo haciendo calceta, se la llevó al doctor Esquerdo y allí está en el manicomio hace quince años, en observación.

JULIÁN.- Pues ya pueden haberla observado.

ANGUSTIAS.- Créeme, Julián, mi papá es muy terco.

JULIÁN.- Sí, y un poco bruto.

ANGUSTIAS.- ¡Calla! No hablemos mal de él, que es pecado.

JULIÁN.- No, si yo no digo... Al contrario, tu padre lo hace todo bien..., como que es tu padre. Además, el mío tampoco tiene por donde el diablo le deseche. Oye un rasgo suyo. Cuando estábamos él y yo en California, reunimos unos cuartos y empezamos a tallar la ruleta. Inventamos entre los dos un sistema por el cual la bola caía siempre en la casilla que se nos antojaba. El mecanismo consistía en un clavillo de acero perfectamente disimulado que atravesaba la bola; el interior de las casillas era también de acero. Ésa es la parte teórica. He aquí la práctica. Antes de tirar la bola, el banquero toca ésta con una sortija de imán que lleva en el dedo, mira el paño e imanta también la casilla del número que le conviene. Mientras la fuerza de rotación es superior a la atracción del imán, la bola gira, pero al fin va a caer en el número al que no juega nadie.

ANGUSTIAS.- ¡Mecanismo muy ingenioso!

JULIÁN.- Por ése y otros semejantes nos llamaban allí los ingenieros. Aún me parece estar viendo la escena en la noche de nuestro debut. La sala atestada de gente, la ruleta en medio con la preparación susodicha, el sillón del banquero desocupado y la probabilidad, mejor dicho, la seguridad de que si alguien notaba la trampa, le rompiesen la crisma al banquero. ¿Pues tú piensas que Don Martín ocupó el puesto de mayor peligro? No señor, se lo confió a su hijo. Julián, me dijo, dame un abrazo y... ¡a la ruleta! Y si te revientan, así verá todo el mundo que tenemos fe en nuestra invención. Yo me quedo esperando el resultado: ya me reventarán otro día. Conque tú, que tienes mejor mano que yo, ¡a la ruleta!... ¡A la ruleta!...

ANGUSTIAS.- ¿Y qué pasó?

JULIÁN.- Lo que era de esperar. La bola cayó en el número 8, al que no jugaba nadie. Notaron la trampa, se armó el tiberio del siglo, llovieron sobre mí pescozones, bofetadas y palos, y mi padre me sacó de allí mal herido y moribundo. ¡Y qué desesperación la suya!... ¡Qué gritos, qué imprecaciones!... ¡Ira de Dios! -decía- ¡Maldito sea el 8 negro!... ¡Es mucho padre el mío!

ANGUSTIAS.- Sí, le sobra bastante.

JULIÁN.- ¡Pero qué bueno es!

ANGUSTIAS.- Y el mío también.

JULIÁN.- Ea, pues basta de crítica y a recibir a Don Martín, porque ya no espero más a tu padre.

ANGUSTIAS.- Le has aguardado tres horas y media.

JULIÁN.- Adiós, Angustias.

ANGUSTIAS.- Adiós, Julián.

JULIÁN.- ¿Cuántas horas faltan?

ANGUSTIAS.- No sé.

JULIÁN.- ¡Embusterilla!... Faltan doce horas.

ANGUSTIAS.- (Rápidamente.) Menos diez minutos.

JULIÁN.- ¡Ah! ¡Si se pudiese atraer el tiempo como se atrae el acero y si tuviera yo aquí mi sortija de imán!...

ANGUSTIAS.- No, que por ella te pusieron verde.

JULIÁN.- Pero me salvé.

ANGUSTIAS.- Así sea.

JULIÁN.- Amén, como diría tu padre.

ANGUSTIAS.- Adiós.

JULIÁN.- Adiós.

(Despedida y salida de escena cómicas en los ademanes, etcétera.)

Escena II

ANGUSTIAS.

ANGUSTIAS.- ¡Ea! ¡Penillas a la mar! Yo creo que por mucha prisa que se den a reñir Don Martín y mi padre, no les dejaremos tiempo, porque la boda se hace a las siete de la mañana. Y después, aunque los dos riñan, casados nos quedamos Julián y yo. ¡Caramba!... ¡Y el tal Don Martín debe ser un señor de p y p y doble v! ¡Y con unas ideas más malas!... Dice el Padre Melitón que las tales ideas son unos ganchitos que el diablo nos echa aquí dentro. (Señalando la frente.) Y luego, como cantan en Niña Pancha...

(Tararea.)

Parece que nos tira
de un cordelito...

Y así nos va llevando a las calderas de Pedro Botero. Pero nosotros no nos condenaremos, porque papá tiene mucha influencia con los santos, y todos subiremos al cielo: Julián y yo en una nubecita rodeada de angelitos y mi papá vestido de santo, abogado de los maestros de escuela, con su corona redonda en la cabeza y sus disciplinas en la mano. Y mamá también vendrá, si se lo permite el doctor Esquerdo, y entre todos llevaremos tapadito, para que no le vean, a Don Martín, y lo meteremos de contrabando en el cielo. ¡Y al pasar nos tocarán la marcha real y así atravesaremos aquellos salones, entre luces, incienso y música celestial!

Escena III

DON LORENZO y ANGUSTIAS.

DON LORENZO.- (Por el foro.) Hola, hija mía, ¿cómo te sientes hoy?

ANGUSTIAS.- Pero, papá, qué empeño tienes en que estoy enferma.

DON LORENZO.- Y lo estás, Angustias, lo estás. Pero mis oraciones alcanzarán tu salud de la Divina Misericordia.

ANGUSTIAS.- Papá, voy a recordarte...

DON LORENZO.- No, no me recuerdes lo que yo ya sé, que soy un pecador. Hace poco, sin ir más lejos, me dejé llevar de la ira. ¿Y sabes tú por qué? (A ANGUSTIAS.)

ANGUSTIAS.- No es fácil.

DON LORENZO.- Pues porque desde que empezaron las vacaciones, el tiempo que antes dedicaba a mis discípulos, lo empleo en un recreo honesto: una partidita de tute, a perro chico, que jugamos en la portería de las Arrepentidas. Hoy no ha habido partida, y dirás tú, ¿por qué no se ha jugado?

ANGUSTIAS.- Claro que lo diré. ¿Por qué no se ha jugado?

DON LORENZO.- En primer lugar, porque faltó Don Nicomedes, y ¿a que no adivinas por qué faltó? Pues según el recado que nos ha dirigido, porque su esposa acaba de dar a luz, con felicidad, un niño.

ANGUSTIAS.- Papá, me parece, salva la opinión de V., que el motivo... una enfermedad...

DON LORENZO.- ¡Qué enfermedad ni qué niño muerto! Digo, no, ¡qué niño vivo!

ANGUSTIAS.- Papá, que se hace tarde...

DON LORENZO.- Tarde se hizo, ya lo creo. Como que estuvimos esperando dos horas a ver si venía quien nos hiciera el tercio y el cuarto. Porque, bueno, Don Nicomedes faltó por la indisposición de su consorte, pero es el caso que Don Nepomuceno tampoco fue. ¿Y por qué causa? ¿A que no lo aciertas?

ANGUSTIAS.- Por Dios, papá.

DON LORENZO.- ¡Qué había de ser por Dios por lo que faltó!

ANGUSTIAS.- No digo eso, sino que va a llegar Don Martín y que te espera Julián en la estación.

DON LORENZO.- ¿Quién dices? ¡Ah, sí!... ¡Martín!... El maestro de escuela de niños librepensadores... El ateo de California... Bueno vendrá de allí... ¡Pobre Martín!

ANGUSTIAS.- ¡Pobre! ¡Y ha ganado 4.000 duros a la ruleta! Lo sé de buena tinta; y que cede a su hijo la mitad de su fortuna.

DON LORENZO.- ¿Y crees tú que yo doy mi hija a Julián porque es rico?

ANGUSTIAS.- Por Dios, papá...

DON LORENZO.- Te caso con Julián, si es que te caso, porque es un buen muchacho.

ANGUSTIAS.- ¡Vaya!... Y muy instruido...

DON LORENZO.- Como que es hombre de letras. Ya ves, cajista de imprenta...

ANGUSTIAS.- Perdone V., papá, pero pasa el tiempo y Don Martín ya habrá llegado. (Dándole el sombrero.)

DON LORENZO.- Voy... Voy... Y si llego tarde y les encuentro en el camino... mejor... Eso voy ganando. (Se dirige a la puerta del foro, a tiempo que aparecen en ella DON MARTÍN y JULIÁN.)

Escena IV

Dichos, DON MARTÍN y JULIÁN.

JULIÁN.- Aquí estamos todos.

DON MARTÍN.- ¡Hola!... ¿Eres tú, venerable Lorenzo? Te reconozco, a pesar de tantos años de ausencia... Pero, hombre, ¡qué viejo y qué amarillo estás!

DON LORENZO.- En cambio, tú vuelves hecho un cebón, quiero decir, más grueso que cuando te fuiste.

DON MARTÍN.- ¿Y esta señorita, será tu hija, o más bien nuestra hija?

ANGUSTIAS.- Para servir a V.

DON MARTÍN.- Ya lo creo que me sirves... Y a cualquiera. (A DON LORENZO.) ¡Hombre, parece mentira que sea hija tuya!

DON LORENZO.- Muchas gracias.

DON MARTÍN.- (A JULIÁN.) ¡Ah, pillo, y qué buen gusto tienes!

DON LORENZO.- (A DON MARTÍN.) Pero tú querrás descansar...

DON MARTÍN.- Yo no me canso nunca. Eso se queda para vosotros, naturalezas enclenques y raquíticas, no para Martín Pedernal, más duro que su apellido y aclimatado en la California.

DON LORENZO.- En tal caso, desearía que hablásemos sobre la boda.

DON MARTÍN.- Estoy a tus órdenes.

DON LORENZO.- Julián, Angustias, deseo quedarme solo con Don Martín.

JULIÁN.- Hasta luego, pues.

ANGUSTIAS.- Adiós, papá.

JULIÁN.- (Bajo a DON MARTÍN.) Prudencia, padre.

DON MARTÍN.- (Bajo a JULIÁN.) Procuraré tenerla.

Escena V

DON LORENZO y DON MARTÍN. Sentados, muy lejos uno de otro, en el proscenio.

DON LORENZO.- ¿Conque los chicos quieren casarse?

DON MARTÍN.- Sí, parece que tratan de hacer esa barbaridad.

DON LORENZO.- El matrimonio no es una barbaridad.

DON MARTÍN.- Eso va en opiniones.

DON LORENZO.- El matrimonio es un santo lazo...

DON MARTÍN.- Sí... para cazar tontos.

DON LORENZO.- (Muy irritado.) ¡Martín!...

DON MARTÍN.- (Muy irritado.) ¡Lorenzo!... (Si no fuera por Julián...) (Calmándose.) Bien. Adelante.

DON LORENZO.- Nosotros hemos convenido en esa boda, así... en principio.

DON MARTÍN.- Y en postre.

DON LORENZO.- No, porque aún nos falta algo que ventilar.

DON MARTÍN.- Pues abre el balcón y que se ventile todo.

DON LORENZO.- Me han dicho que traes dinero. Yo no soy interesado, no quiero saber lo que le das a Julián... La cifra solamente.

DON MARTÍN.- Dos mil duros.

DON LORENZO.- Poco es, pero pase. Yo no tengo capital para dotar a mi hija. En cambio, me comprometo a darle todas las mañanas...

DON MARTÍN.- ¿El qué?

DON LORENZO.- Los buenos días.

DON MARTÍN.- Pero, entonces, ¿de qué van a vivir los chicos?

DON LORENZO.- De lo que coman.

DON MARTÍN.- ¿Y qué van a comer?

DON LORENZO.- Eso ya es mucha curiosidad.

DON MARTÍN.- ¿Quieres condenarlos a perpetuo ayuno?

DON LORENZO.- Así mortificarán la carne.

DON MARTÍN.- ¿No echando carne al puchero? Vamos, tú estás loco.

DON LORENZO.- Bien, pero no doy un cuarto.

DON MARTÍN.- ¡En cuartos quisiera yo verte!

DON LORENZO.- Pues será como yo digo, o no cuentes con mi Angustias... (Poniéndose en pie, levantando la voz.)

DON MARTÍN.- Pues será como digo yo, o no cuentes con Julián... (Levantándose también y en el mismo tono.)

Escena VI

Dichos, JULIÁN, segunda derecha.

JULIÁN.- ¿Padre, me llamabas?

DON MARTÍN.- No.

JULIÁN.- Me pareció oír mi nombre... Además, creí entender que trataban ustedes de una cuestión, que, la verdad, no vale la pena. (Aquí de mi ingenio.) Con los dos mil duros que me das, padre mío, montaré una imprenta, trabajaré y de mis prensas saldrán millares de hojas que difundan las ideas del saber y del progreso, ¿verdad, padre? (Yendo a DON LORENZO.) Porque yo no quiero entregarme a la pereza, que es uno de los siete pecados capitales. ¿Hago bien Don Lorenzo? (A DON MARTÍN.) Soy hijo del trabajo, obrero de la inteligencia, como tú, papá; (A DON LORENZO.) pero también soy hijo de Adán, Don Lorenzo, de la raza del pecado original. (A DON MARTÍN.) Pelletán lo dijo: «El mundo marcha». (A DON LORENZO.) Dios dijo: «Ayúdate y te ayudaré». (Sin dirigirse a ninguno de ellos.) Yo admiro todo lo grande, todo lo bello, todo lo sublime. (A DON MARTÍN.) La revolución francesa, proclamando a la diosa razón; (A DON LORENZO.) Cristo predicando a las gentes su divino evangelio. (A DON MARTÍN.) La guillotina cortando cabezas de aristócratas; (A DON LORENZO.) La santa hoguera del Santo Oficio achicharrando herejes. Y reparto por mitad mi admiración entre Platón y Chateaubriand, Lutero y Balmes, Robespierre y Felipe segundo, Frascuelo y San Agustín. (Y que salga el guapo que diga más desatinos en menos palabras.)

DON MARTÍN.- ¡Diablo de chico! El caso es que tiene mucha razón.

DON LORENZO.- Varias de las cosas que ha dicho me han gustado.

JULIÁN.- Pues no discutan ustedes más y dejen ese asunto a mi cuidado.

DON MARTÍN.- Consiento en ello.

DON LORENZO.- Y yo también.

JULIÁN.- Entonces me retiro, para que acaben de entenderse. (Cuando digo que soy un trucha de primera.)

Escena VII

DON LORENZO y DON MARTÍN.

DON LORENZO.- Sentémonos.

DON MARTÍN.- ¿Otra sentada?

(Se sientan ambos.)

DON LORENZO.- Aún nos falta un punto esencial. Hecha la boda, los chicos se quedan en mi casa y viven conmigo.

DON MARTÍN.- ¿En tus garras mi hijo, para que me lo conviertas en un sacristán fanático e hipócrita como tú? Los chicos vivirán conmigo.

DON LORENZO.- No te untes.

DON MARTÍN.- En mi casa.

DON LORENZO.- (Levantándose y acercándose a DON MARTÍN, que permanece sentado.) Pues, ¿qué te habías figurado, herejote, que yo te entregaba mi hija para que me la convirtieras en escaparate de bisutería, comprada con el oro que ganaste en California, tirando el pego y haciendo trampas en la ruleta? ¿Imaginaste, desdichado, que te regalaba a mi inocente Angustias para que la llevaras a los teatros de a real y medio la pieza o a los bailes de máscaras, donde se bailan rigodones intencionados, es decir, de mala intención? Pues no, no y no. Antes la llevo con su madre al manicomio del Doctor

Esquerdo.

DON MARTÍN.- ¿Has acabado?

DON LORENZO.- Sí. (DON LORENZO se sienta.)

DON MARTÍN.- Pues ahora entro yo. (Levantándose y yendo hacia DON LORENZO.) ¿Imaginaste, miserable chupacirios, que yo, sin más ni más, iba a entregarte a mi Julián para que aquel cerebro que concibió el prodigioso invento de la bolita amaestrada me lo convirtieras en una olla de grillos con tus mojigaterías y sermones? ¿Para que su garganta, que con tal vigor se arranca por peteneras, tuviese que entonar las sombrías notas del De profundis? ¿Para que sus manos, que han hecho tantos prodigios con la baraja, empuñasen el cirio en tus procesiones? ¿Para que sus rodillas, que han apretado los ijares de uno y otro caballo de las Pampas, se despampanasen en las duras losas del templo? Pues no, no y no. Antes lo meto en una celda del Abanico, y sin ser tiempo de máscaras, lo veo con capuchón, o lo entierro bajo la fuente de la Puerta del Sol y así, al menos, cuando ésta desaparezca, sostendrá ese kiosco de hierro con inodoros, fiambres y refrescos que, según La Correspondencia, piensa alzar muy en breve en aquel sitio el celoso alcalde de Madrid.

Escena VIII

Dichos, JULIÁN y ANGUSTIAS, segunda izquierda.

JULIÁN.- ¿Acabaron ustedes?

DON LORENZO.- A punto de acabar estábamos.

JULIÁN.- Angustias y yo veníamos a saber...

DON MARTÍN.- Don Lorenzo y yo no podemos entendernos.

JULIÁN y ANGUSTIAS.- ¿Cómo?

DON LORENZO.- Figúrate, Angustias, que ese hombre se empeña en que después de casados viváis con él.

DON MARTÍN.- Figúrate, Julián, que se obstina Don Lorenzo en que

viváis en su compañía.

JULIÁN.- (Pasando al centro.) Pues para que ninguno de los dos se agravie, lo mejor es realizar el plan que yo había concebido.

DON MARTÍN.- ¿Y qué plan era ése?

JULIÁN.- Que Angustias viviera sola conmigo, para lo cual yo pensaba alquilar un piso y montar allí mi imprenta.

DON LORENZO.- Pues apéate, porque ya no montas nada.

ANGUSTIAS.- ¡Papá, por Dios!

DON MARTÍN.- Ya no hay boda.

JULIÁN.- ¿Que no hay boda?... Lo veremos. Yo la amo, ella me ama, nosotros nos amamos. ¡Don Lorenzo, nuestro amor es puro!

DON LORENZO.- Como si fuese pitillo.

JULIÁN.- (A DON MARTÍN.) Padre, el diablo aplaude nuestra boda. (A DON LORENZO.) Dios bendice nuestra unión. (A DON MARTÍN.) La reproducción es ley natural. (A DON LORENZO.) Crescite et multiplicamini es precepto divino. (A DON MARTÍN.) Maldito el ser que no ama, dice Sócrates. (A DON LORENZO.) «Busca una compañera y llévatela», ha dicho San Pablo... (Movimiento de negación en DON LORENZO.) Y si San Pablo no lo ha dicho, lo digo yo, que es igual. Si Angustias no se casa conmigo, se muere. Si no me caso con ella, me mato. ¡Pensadlo bien, pensadlo, porque Angustias será la madre de mis hijos, si los tengo, o aquí van a ocurrir muy pronto dos cataclismos!

(Quedan en estas actitudes: JULIÁN amenazador, mirando a su padre y con el brazo derecho extendido. DON MARTÍN con los puños apretados de rabia como si fuera a arrojarse sobre JULIÁN. ANGUSTIAS en actitud suplicante a su padre. Éste volviendo la cabeza a otro lado y rechazando a su hija. Cuadro mudo. En la concha del apuntador aparece un cartel puesto en un palo que dice: «Cuadro segundo: ¡Se dan madres!». Y a un golpe del apuntador cambian a tiempo las cuatro figuras. DON MARTÍN y JULIÁN se abrazan y ANGUSTIAS y DON LORENZO se van muy cariñosos ambos y cogidos del brazo salen de la escena.)

FIN DEL CUADRO I

Cuadro II
¡Se dan madres!

La misma decoración.

Escena I

JULIÁN y DON MARTÍN.

JULIÁN.- ¡Qué feliz soy! En ese abrazo que acabas de darme conozco que estás dispuesto a aceptar todas las condiciones de Don Lorenzo.

DON MARTÍN.- Sí, hijo mío. He variado de repente, y ya paso por carros y carretas.

JULIÁN.- Gracias, padre, porque tú no sabes cuánto amo a esa mujer.

DON MARTÍN.- Sí lo sé, Julián. Si me lo repites cuatro veces por hora. Al sonar ésta me dices: «Cuánto quiero a Angustias». Quince minutos después: «Si supieras lo que amo a esa chiquilla». Al dar la media: «La adoro, padre, la adoro». A los tres cuartos: «Vamos, me trae loco». Así es que no necesito reloj. A la hora justa la quieres, al cuarto de hora la amas, la adoras a la media y te chiflas por ella a los tres cuartos. De modo que das las horas, las medias y los cuartos.

JULIÁN.- No, los cuartos los das tú, que eres el pagano.

DON MARTÍN.- Pero, ¿qué diablos de ilusión tienes con el maldito casamiento? ¿Sabes tú lo que es el matrimonio? Pues yo voy a decírtelo. Mucho valor, mucho amelonamiento, los novios que estrenan ropa, un sí sostenido y a dúo. Después al tren... y... ¡a Vallecas!... Y mientras la máquina vuela a todo vapor, allá en las poéticas horas de la noche, el novio saca la cabeza por la ventanilla y ve la luna en cuarto menguante, del color simbólico del melón, que imitando una raja del mismo, termina por arriba y por abajo en dos afilados cuernecitos. Y esa media luna pasa por entre los tendidos hilos del telégrafo como nota con tres pares de bemoles en eléctrico pentagrama, trazando inarmónicas y aterradoras profecías. ¡Eh!... ¿Qué tal? ¿Te gusta el cuadro?... Pues es tomado del natural.

JULIÁN.- Y sin embargo, padre, tú te casaste con mi mamá.

DON MARTÍN.- Bueno, bueno, hablemos de otra cosa.

JULIÁN.- La querías mucho, ¿no es verdad? Y la prueba es que siempre que te hablo de ella, te pones serio.

DON MARTÍN.- Pues si ves que me pongo serio, no seas estúpido y no me la nombres.

JULIÁN.- ¡Cuánto daría yo porque presenciase mi boda!

DON MARTÍN.- ¿Vuelta?

JULIÁN.- Padre, padre, ¿dónde está?

DON MARTÍN.- ¡Qué sé yo!... Vaya usted a saber...

JULIÁN.- Don Lorenzo es más feliz que tú, porque él no contestaría «¿Qué sé yo!». Él diría: «Está en el cielo».

DON MARTÍN.- No, hijo, no. Él diría: «La tengo encerradita en el manicomio del doctor Esquerdo». Pero mudemos de conversación y no me pongas de mal humor.

JULIÁN.- (¡Cuánto la quería!)

DON MARTÍN.- ¡Qué imbécil es este chico!

Escena II

Dichos y ANGUSTIAS.

ANGUSTIAS.- (Segunda izquierda.) Don Martín.

DON MARTÍN.- ¿Qué, hija mía?

ANGUSTIAS.- Papá le espera a usted en su despacho. Lo he puesto más blando que un guante y accede muy gustoso a nuestra boda.

JULIÁN.- Corre, papá, corre, que don Lorenzo te aguarda.

DON MARTÍN.- Voy allá. Esto parece un juego de chiquillos: ya hay boda; ya no hay boda; ya vuelve a haber boda. (Vase segunda izquierda.)

Escena III

JULIÁN y ANGUSTIAS.

JULIÁN.- Se amansaron las fieras. Se zanjaron todas las dificultades.

ANGUSTIAS.- Hoy todo es dicha, ventura y esperanza.

JULIÁN.- Y mañana a las siete nos leen la Epístola de San Pablo.

ANGUSTIAS.- ¿A que no sabes en qué estoy cavilando hace una hora? En si nos desayunaremos pasado mañana en familia, y en qué consistirá el desayuno.

JULIÁN.- Pareces tonta, hija mía.

ANGUSTIAS.- Porque si les doy chocolate con mojícón, don Martín pondrá en ridículo el chocolate de los frailes, y si se lo doy con tostada, mi padre tronará contra Flandes y los calvinistas al ver la manteca.

JULIÁN.- ¿Quieres creerme, Angustias? No les des nada y verás cómo

no riñen.

ANGUSTIAS.- ¡Claro! ¡No obsequiarlos el día de la tornaboda!

JULIÁN.- Pues entonces dale a mi padre la tostada y al tuyo dale un mojicón.

ANGUSTIAS.- Dime, Julián, ¿eres muy feliz?

JULIÁN.- Me rebosa la ventura. Oye: hace poco me recosté en una silla y me quedé dormido. Soñé que era de noche y que me hallaba frente al Teatro de Apolo. En su pórtico ardía una lámpara eléctrica de arco voltaico, de esas cuya luz da quinientas pulsaciones por minuto. Poco más arriba, en la iglesia de San José, un farolillo ante la imagen de la Virgen despedía tenue resplandor. Dos hombres estaban allí parados, el uno leyendo el cartel del Teatro de Apolo, el otro descubierto ante la imagen. Ambos iban por distintas vías. El uno a ver La Gran Vía, el otro a rezar el vía crucis. Cada vez que el foco eléctrico se quedaba a oscuras, decía el primero: «¡Valiente luz eléctrica tenemos en Madrid!». Aquellos dos hombres eran tu padre y el mío. De pronto se interpuso entre ambos una niña, la célebre Lolita la billetera², el conato de mujer en estado de canuto. «Cómprenme ustedes un décimo», les dijo, y ambos se acercaron a la chica y tendieron sus manos. Y sus manos se tocaron y yo pensé: «Si estos bárbaros se unen para comprar un triste décimo de a tres pesetas, ¿por qué no han de juntarse para que a Angustias y a mí nos caiga el premio gordo?».

ANGUSTIAS.- Y ya ves cómo se han juntado.

JULIÁN.- Dime, Angustias, ¿eres muy feliz?

ANGUSTIAS.- Atrozmente. Todo me sonrío; hasta me parece que oigo en el aire campanas...

JULIÁN.- ¡Y no sabes dónde!

ANGUSTIAS.- Para que nada falte a mi dicha, he conseguido de papá que mi madre presencie nuestra boda y, de un momento a otro, llegará en el carruaje del manicomio.

JULIÁN.- ¡Ay, si viniera la mía, aunque fuera en el mismo ómnibus!

Escena IV

Dichos y DON LORENZO.

DON LORENZO.- (Segunda izquierda. Figurando que habla a un criado.) Diga usted a esa señora que puede pasar.

JULIÁN.- Si estorbamos... (Haciendo ademán de retirarse.)

DON LORENZO.- No, no es preciso que os vayáis. Basta con que os quitéis de enmedio.

JULIÁN.- Iremos con mi padre, si a usted le parece.

DON LORENZO.- Sí, sí..., pero prontito.

Escena V

DON LORENZO y MAGDALENA.

MAGDALENA.- (Desde el foro.) ¿Don Lorenzo Cienchispas?...

DON LORENZO.- Ego sum. (¿Quién será esta señora de los puntos negros?)

(Ambos se sientan.)

MAGDALENA.- Vengo a pedir a usted auxilio y protección.

DON LORENZO.- Creo que viene usted equivocada. Yo no soy el inspector del distrito.

MAGDALENA.- Escúcheme usted y lo comprenderá todo. Yo soy madre.

DON LORENZO.- ¡Y a mí qué me cuenta usted!

MAGDALENA.- ¡Soy madre!

DON LORENZO.- Sea enhorabuena.

MAGDALENA.- No, fue enhoramala, y por eso me avergüenzo...

DON LORENZO.- Desde que la vi con ese traje, comprendí que tenía usted lunares en su vida... y en su vestido.

MAGDALENA.- Mi historia es una historia de deshonra y de llanto.

DON LORENZO.- Eso ya pica en historia.

MAGDALENA.- Hace años, decían, puede que fuera adulación, pero lo decían, que yo era hermosa.

DON LORENZO.- La verdad es que habrá usted tenido unos quince muy regularcitos. (Muy cariñoso y arrimando la silla. MAGDALENA se retira asustada. Santiguándose de pronto muy deprisa.) ¡Jesús, María y José!... Et ne nos inducas in tentatione.

MAGDALENA.- Pues como decía, soy madre... y he tenido un hijo.

DON LORENZO.- Eso es lo menos que le sucede a toda madre.

MAGDALENA.- Su padre, el padre de mi hijo, me lo arrebató y no he vuelto a verlos más; ni al hijo, ni al padre.

DON LORENZO.- ¡Pero esto es un jeroglífico! ¿Quién es el padre?... ¿Quién es el hijo?... ¿Quién es usted? ¿Dónde está la pastora?

MAGDALENA.- Nada le ocultaré.

DON LORENZO.- Vamos a ver, ¿quién manchó su honra de usted? ¿Quién le arrebató su hijo?

MAGDALENA.- ¡Él!

DON LORENZO.- ¿El hijo?

MAGDALENA.- No, el padre.

DON LORENZO.- ¡Y zurra que es tarde! Pero ¿quién es él?

MAGDALENA.- Pues ea... Martín.

(Poniéndose ambos de pie.)

DON LORENZO.- ¡Martín!... ¿El que está allá dentro?... ¿Martín Pedernal?

MAGDALENA.- El mismo que viste y calza.

DON LORENZO.- Pero entonces ese hijo que Martín le arrebató a usted... ¡En el nombre del padre, dígame usted el nombre del hijo!

MAGDALENA.- Cuidado que es usted torpe. ¡Quién ha de ser más que mi Julián!

DON LORENZO.- ¿Julián?... ¡El novio de mi Angustias! ¿Él hijo del pecado y del concubinato?

MAGDALENA.- ¡Y qué culpa tiene él!... ¡Me cree muerta!

DON LORENZO.- ¡Miente usted! Si la creyese muerta ya la habría resucitado, porque él está muy hecho a levantar muertos.

MAGDALENA.- (Con alegría.) ¿Es un buen médico?

DON LORENZO.- No, es un tahúr. Acabemos. (Llamando por la segunda izquierda.) ¡Martín!...

MAGDALENA.- ¿Qué intenta usted? ¿Ponernos frente a frente?... No, por Dios... No quiero verle... (Se dirige hacia el foro.)

DON LORENZO.- Pues bien, entre usted en mi despacho. El balcón está cerrado. Allí estará usted sin luz... y sin moscas. (Llamando por la segunda izquierda.) ¡Martín!... Él viene.

MAGDALENA.- ¡Soy perdida!

DON LORENZO.- Eso usted lo sabrá...

(MAGDALENA entra por la primera izquierda.)

Escena VI

DON LORENZO y DON MARTÍN.

DON MARTÍN.- ¿Me llamabas?

(DON LORENZO cierra todas las puertas.)

DON LORENZO.- Sí.

DON MARTÍN.- ¿Qué te ocurre? ¿Alguna nueva pejiquera?

DON LORENZO.- Yo sabía que eras un hereje, un tahúr y un tramposo; pero ignoraba que fueses un granuja.

DON MARTÍN.- (Conteniéndose.) Mira, Lorenzo: por mi chico y por Angustias no te suelto un revés que te haga echar las muelas.

DON LORENZO.- Escúchame con calma. Yo, según tú, soy un sacristán y un mamarracho; pero así y todo he dado a mi hija un nombre... y una familia... y una madre. ¿Y tú?

DON MARTÍN.- Yo he dado a Julián dos mil duros.

DON LORENZO.- ¿Y nada más?

DON MARTÍN.- Le he dado también un nombre.

DON LORENZO.- Un nombre... a medias.

DON MARTÍN.- Y una familia.

DON LORENZO.- Media familia, o como quien dice, media tostada. ¿Le has dado una madre?...

DON MARTÍN.- ¡Ah, ya!... Conque su madre... ¡Psst! ¿Y es culpa mía que mi hijo no haya tenido madre nunca?

DON LORENZO.- Embustero, ¿qué has hecho de Magdalena?

DON MARTÍN.- Vamos, ya lo comprendo... Lo sabes todo. (Esto lo dice con la mayor tranquilidad.)

DON LORENZO.- No he visto en toda mi vida un hombre de menos vergüenza que tú.

DON MARTÍN.- Me preguntabas por Magdalena y yo te pregunto ahora: ¿qué has hecho de Rosario?

DON LORENZO.- Eso es meterte en lo que no te importa.

DON MARTÍN.- ¿Pues qué? ¿Piensas que yo me achico? Historia por historia, señor don Lorenzo Cienchispas. Sabes la mía: un pecadillo de la juventud, un amor de refilón. Oye ahora otra.

DON LORENZO.- Martín...

DON MARTÍN.- Ni San Martín te vale. Personajes: un beato ridículo, ése eres tú, y una mujer joven y guapa, así era ella. Decoración: una escuela como ésta, con cuatro trastos desvencijados. Argumento: es un domingo. El esposo reza entre dos luces y está algo alumbrado; la esposa, por no dormirse, hace calceta.

DON LORENZO.- ¿Y qué?

DON MARTÍN.- Que ese hombre, para castigar a su esposa por la profanación del día festivo, no encontró nada mejor que encerrarla en un manicomio. ¡Valiente bárbaro! A calceta en domingo, jaula perpetua. Historia por historia. Bribonada por bribonada. Tú por beato y yo por perdido... ¡Buen par estamos!

DON LORENZO.- Basta, y a lo que importa. ¡Yo no consiento en dar mi Angustias a un hombre como Julián, porque Julián no es tu hijo legítimo, sino un hijo... Meneses! Él lleva sobra sí la mancha del pecado de sus padres y no conozco mejor quitamanchas que el matrimonio. El matrimonio, como la Academia, limpia, fija y da esplendor. Si te casas con Magdalena, consiento en la boda... y adelante con los faroles.

DON MARTÍN.- Y si me niego, como me negaré, ¿qué haces?

DON LORENZO.- Enviar a Angustias con su madre al manicomio.

DON MARTÍN.- ¡Qué afición tienes al manicomio! Sin duda presentes que allí has de ir a parar.

DON LORENZO.- Rosario debe llegar muy en breve. En vez de asistir a la boda, se llevará consigo a su hija.

DON MARTÍN.- Eres un canalla... y un cobarde. (Cogiéndolo por el brazo.)

DON LORENZO.- (Tirando de una navaja de muelles y abriéndola de modo que suene mucho.) Pero no tan santo como parezco.

DON MARTÍN.- Sí, ya sé que, raspándote, desaparece el santo y

aparece el zorro.

DON LORENZO.- En cambio, a ti no pueden rasparte, porque tienes muy dura la corteza.

DON MARTÍN.- (Irritado.) ¡Lorenzo!...

DON LORENZO.- ¡Calla! Ahí viene.

DON MARTÍN.- ¿Quién?... ¿Angustias?

DON LORENZO.- No, Rosario.

Escena VII

Dichos y ROSARIO, segunda izquierda.

ROSARIO

¡Lorenzo, Lorenzo mío!...
De alegría lloro y río.

DON LORENZO.- (Bajo a DON MARTÍN.) Habla en aleluyas. ¡Es su manía!

ROSARIO.- Por fin he salido de la casa grande. (Dando brinquitos.)
¡Qué feliz soy! (Viendo a DON MARTÍN.) ¡Ah!... No había reparado...

DON LORENZO.- (Presentándole.) Don Martín Pedernal...

ROSARIO

¿El padre de Julián?... ¡Justo!
Pues yo tengo mucho gusto...
(Saludándole.)

DON LORENZO.- ¿Has llegado ahora mismo?

ROSARIO.- No, vine hace un rato y entré a ver a mi Angustias...
¡Qué guapa está!... Así era yo cuando hacía calceta.

DON LORENZO.- (Con reconvención.) Rosario...

ROSARIO.- (Con miedo.) No, no, ya no la haré más. ¿Qué decía?...
Se me fue la idea... (Como quien coge moscas.) ¡Ah!... ¡Ya la
cogí! ¡Ya la cogí!...

DON MARTÍN.- (¡Está peor!)

ROSARIO.- Me siento hoy tan alegre, que no sé lo que digo...

Conque..., señor Pedernal,
si usted no lo toma a mal...

mañana, a las siete, la boda, y luego yo me quedo aquí dos o tres
días más. (A DON LORENZO.) ¿Lo permitirás tú? ¡Es tan bonita y tan
risueña esta casa! ¡Cuánta luz... y cuánto lujo! (Mirando el
mobiliario.)

DON MARTÍN.- (A cualquier cosa le llama lujo esta señora.)

ROSARIO.- Conque ocho días, lo menos, fuera de mi encierro... ¿eh?
Digo, me parece que no pido gollerías. ¿Hablo mucho, verdad?

DON MARTÍN.- (Más que una cotorra.)

ROSARIO.- ¡Como aquello es tan triste! Allí no se habla con
nadie...

DON LORENZO.- (Reconviniéndola.) ¡Rosario!

ROSARIO.- No te incomodes, Lorenzo. Esto es hablar por hablar. (A
DON MARTÍN.) No crea usted que la casa grande es triste. ¡Ca!
Aquello es muy divertido. Todos cantan y gritan y bailan, pero como
no hay dos que estén juntos, cada uno se entiende y se baila solo.
¡Vaya, vaya! Casarse mi Angustias.

DON LORENZO.- De ése depende.

ROSARIO.- ¿Cómo? ¿Pues qué, la boda no era cosa convenida?

DON MARTÍN Sí, pero ahora éste ha cambiado de parecer.

DON LORENZO.- (Bajo a DON MARTÍN.) ¿Me autorizas para que se lo
diga todo?

DON MARTÍN (Yo se lo diré, que no me muerdo la lengua.) Señora, Julián es mi hijo, pero su madre no ha sido nunca mi esposa.

ROSARIO

¿Qué es lo que estoy escuchando?
¡Un nene de contrabando!

DON LORENZO.- ¿Ves que manchas hay? ¿No es verdad que deben lavarse?

ROSARIO

Lorenzo, tienes razón.
Voy a traer el jabón.

DON LORENZO.- ¿Crees tú que sin que Martín repare su falta puede casarse Angustias con Julián?

ROSARIO.- ¿Y por qué no?

DON LORENZO.- ¿Darías tu consentimiento?

ROSARIO.- Con alma y vida.

DON LORENZO.- ¡Pues ea! Yo no lo doy. Angustias se irá al manicomio contigo.

ROSARIO.- (Dando brincos de alegría.) ¡Conmigo!... ¡Mi hija!... ¡Allí... las dos juntas! ¡Ay, qué gusto!

(Muy grave.)
Lorenzo, tienes razón.
Es imposible esa unión.

DON LORENZO.- (A DON MARTÍN.) ¿Lo oyes?

DON MARTÍN.- Beata y egoísta.

ROSARIO.- (Lloriqueando.) Es verdad... ¡Pobre Angustias! ¡Que se case!... ¡Que sea feliz!

Mi egoísmo no la inmola.
Me fastidiaré yo sola.

Escena VIII

Dichos y ANGUSTIAS.

ANGUSTIAS.- (Segunda izquierda. Saliendo apresurada.) ¡Papá, papá!

ROSARIO.- Angustias, ¿qué tienes?

ANGUSTIAS.- Eso tengo..., angustias.

DON LORENZO.- Pero ¿qué ocurre?

ANGUSTIAS.- Que Julián, mientras yo hablaba con mi madre, se metió en el despacho de usted.

DON LORENZO.- (¡Santa Bárbara bendita!)

ANGUSTIAS.- Y según parece, en el despacho había una señora...

DON MARTÍN.- ¡Hola, hola!

DON LORENZO.- (A DON MARTÍN.) Pues bien, sábelo de una vez, esa mujer con quien habla Julián es... su madre.

DON MARTÍN.- ¡Magdalena!... ¡Hoy se dan madres!

Escena IX

Dichos, JULIÁN y MAGDALENA.

JULIÁN.- (Primera izquierda. Trayendo a la fuerza a MAGDALENA.)
Por aquí, señora... Aquí están. (Los personajes quedan en el orden
siguiente: a la derecha DON MARTÍN, más al centro JULIÁN y
MAGDALENA. A la izquierda, formando otro grupo en este orden, DON
LORENZO, ROSARIO y ANGUSTIAS.) ¡Padre!... Mírala bien... Mírala.
¿La conoces? ¡Contéstame con mil demonios! ¡Mira que me ocurren unas
ideas horriblemente alegres... y alegremente horribles! ¿Horribles?
¡No, de mucha alegría!... Pero alegría revuelta con tomate, digo con
vergüenza. ¿Vergüenza? No. ¡Felicidad! ¿Felicidad?... No...
¡Desgracia!... En fin, vosotros no entendéis lo que digo... ni yo
tampoco. Padre, ¿quién es esta mujer? ¿La conoces? (Separándole las
manos con que se ha estado tapando el rostro.)

DON MARTÍN.- Sí.

JULIÁN.- Y está... (Tocándose la sien con el dedo índice, como
indicando que está loca.) ... de acá, ¿no es cierto? ¿No es verdad
que está guillada? Porque dice que conoce a mi madre..., y mi madre
se murió, y que mi madre me quiere mucho. ¡Ves qué barbaridad! ¿Cómo
ha de quererme después de muerta?

DON MARTÍN.- Lo que dice esa mujer es cierto.

JULIÁN.- ¿Cómo?... ¿Es verdad?... ¡Mi madre está viva!

DON MARTÍN.- ¡Sí, viva y colea!

JULIÁN.- ¿Y quién es? ¿Dónde está?

DON MARTÍN.- ¿Dónde está tu madre quieres saber? (Señalando a
MAGDALENA.) Pues ahí tienes un pedazo.

JULIÁN.- (Gritando.) ¡Mamá!

MAGDALENA.- ¡Chiquitín mío! (MAGDALENA cae en brazos de JULIÁN
desmayada en una actitud cómica. JULIÁN la lleva al sillón, donde la
sienta.)

JULIÁN.- (Gritando.) ¡Mamá, vuelve en ti, o en mí, o en
cualquiera!

ROSARIO

Esa pobre Magdalena
me da muchísima pena.

DON LORENZO.- (Bajo a DON MARTÍN.) Vamos, no seas testarudo.
Cásate con ella.

DON MARTÍN.- No me da la gana.

DON LORENZO.- Pues vete a los infiernos, réprobo. Angustias, sígueme.

ANGUSTIAS.- ¿Adónde?

DON LORENZO.- Al manicomio.

ANGUSTIAS.- ¡Quia! Yo me voy con Julián, que es muy desgraciadito. (Corre a JULIÁN y se abraza a él. JULIÁN queda entre MAGDALENA y ANGUSTIAS, sosteniendo a su madre y ceñido por el brazo de ANGUSTIAS.)

DON LORENZO.- (A ROSARIO.) Haz que obedezca tu hija.

ROSARIO

(Separándose de DON LORENZO y acercándose al grupo del centro.)

¿Y si se muere de pena?

No, que engorde y que esté buena.

DON LORENZO.- ¡Ah! ¿Tu quoque? ¿También tú? (A ANGUSTIAS, con tono imperativo.) ¡Niña! ¡Acá, de rodillas!

DON MARTÍN.- ¡Ven a mis brazos, Julián!

JULIÁN.- ¡No! ¡Ni ella ni yo! ¡Nosotros aquí, en apretada alcachofa de amor! ¡Vosotros allá, en la soledad de los cardos borriqueros! Oiga usted, Don Lorenzo, el santo de pega. Angustias será mi mujer, aunque se le lleven a usted dos mil pares de demonios. Oye, tú, padre... Si apetece mis brazos, ven a buscarlos, pero tienes que estar en ellos, como yo tomo el café; ¡solo, nunca!... (Señalando a ANGUSTIAS y a MAGDALENA.) ¡Con gotas!...

ANGUSTIAS.- Julián, sácame de esta casa y llévame depositada a la tuya.

JULIÁN.- En primer lugar, yo no tengo casa.

ANGUSTIAS.- ¿No puedes ponerme un piso?

DON LORENZO.- ¿Él ponerte un piso?... Ni medias suelas.

JULIÁN.- ¿Y para qué te he de llevar a otro sitio, si sé de pe a pa

lo que va a suceder? Don Lorenzo se encaja allí, el portero le deja subir, yo soy tan melón que no impido a tu padre que entre a verte. El grandísimo bárbaro te arma una bronca, y del berrinche, te mueres. Pues si te has de morir de todos modos en otra casa, muérete en ésta y nos evitamos el viaje.

DON LORENZO.- Es verdad, para ese viaje no se necesitan alforjas.

ANGUSTIAS.- Pues siga la escena aquí mismo y, cuando vaya a morirme, me caeré sobre ti, para que nadie diga que no tengo sobre qué caerme muerta.

DON LORENZO.- Angustias, ven acá...

ANGUSTIAS.- ¡Separarme de Julián!... ¡Nunca!

DON LORENZO.- Angustias, ¡obedece! Soy tu padre... ¡El que te llevó en sus entrañas! Tú, hoja de esa alcachofa, me perteneces.

JULIÁN.- ¡Imbécil! ¡No ve que agoniza! Ven, Angustias, a la iglesia, y en siendo mi mujer... ¡ay del que te falte!

ANGUSTIAS.- No puedo, Julián, no puedo... ¡Estoy muy malita!

JULIÁN.- Pues yo te llevaré, aunque sea en brazos.

DON LORENZO.- Es que no saldréis.

JULIÁN.- ¡Es que soy el más fuerte, y reparto leña! No me detenga usted.

DON MARTÍN.- ¿Detenerte? Que pruebe y le reviento.

DON LORENZO.- Por la fuerza no; ya sé que tenéis más fuerza bruta. Pero me pondré ante esa puerta, de rodillas y en cruz, como pongo a mis discípulos, y para salir tendrá Angustias que derribar a su padre y pasar por encima de él.

ANGUSTIAS.- Eso no, Julián.

JULIÁN.- (Furioso.) Eso sí. Pasaremos por encima de ti y de cien guardias de orden público, si es preciso.

DON LORENZO.- Pues vamos a verlo... ¡Venid! (Se coloca ante la puerta del foro en la actitud que dijo artes.)

JULIÁN.- (Llegando a la puerta con Angustias.) ¡Paso! (Le da un empujón y le tira al suelo.)

DON LORENZO.- ¡Maldita... sea mi suerte!

ANGUSTIAS.- ¡Maldita dijo! ¡Ah!... ¡Julián!... ¡Madre!... ¡Adiós!
(Viene dando vueltas desde el foro al proscenio y cae entre ROSARIO
y MAGDALENA, que se arrodillan.)

JULIÁN.- ¡Angustias!... (Corriendo y colocándose detrás del grupo
que forman las tres.)

(Los siguientes tres gritos muy fuertes e inmediatos uno a otro.)

DON LORENZO.- ¡Agua!

MAGDALENA.- ¡Vinagre!

ROSARIO.- ¡Aceite!

JULIÁN.- (Todo este parlamento muy pausado y con entonación
bufo-trágica.) Sí, buena ensalada habéis hecho... No os
acerquéis... Ya está en el otro barrio... ¡Dejadnos solos! ...
¡Largo de aquí!... ¡Al altar íbamos juntos en el tren del
matrimonio!... Ella ha tomado billete para el otro mundo, y allá me
voy... ¡Angustias!... Aguarda un poco, que ya te alcanzo. ¡Cobardes
y mal educados los caballeros que no acompañan a las señoras en sus
viajes de recreo!... ¡Angustias! ¡Ya humea la locomotora!... ¡Fuu!
¡¡Fuu!! ¡¡¡Fuu!!! (Imitación.) ¿Oyes el pito? ¡Piiii!...
(Imitación.) Ya sale mi tren. (Saca una pistola de ésas que usan
los niños y que al disparar sale un corcho, se apunta a la cabeza,
dispara y cae. Que suene lo más posible la salida del tapón.)

MAGDALENA.- ¡Julián!

ROSARIO.- ¡Angustias!

DON LORENZO.- ¡Huyamos, no nos prendan!

DON MARTÍN.- (Señalando a ANGUSTIAS y a JULIÁN.) ¡Dos
cataclismos!

DON LORENZO.- ¡Dos muertos!

(Ambos vanse escapados.)

Escena X

Dichos, menos DON MARTÍN y DON LORENZO.

JULIÁN.- (Incorporándose, así como ANGUSTIAS.) Y ningún difunto... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

MAGDALENA.- ¡Vivo! (Por JULIÁN.)

ROSARIO.- ¡Viva! (Por ANGUSTIAS.)

JULIÁN.- Sí, todo fue una broma convenida de antemano con Angustias, para librarnos de ese par de padres. ¡Ahora... los cuatro a la iglesia, y desde allí... al tren!

De Echegaray en honor,
un pobre parodiador
hizo estos Dos cataclismos.
Un aplauso, por favor,
para el inspirado autor
del drama Dos fanatismos.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

